

¿No es éste el Hijo del Carpintero?

Homilía para la Conmemoración de San José Obrero, Mayo 1, 2014

Génesis 1,26-2:3; Colosenses 3,14-15, 17, 23-24; Mateo 13,54-58

Rvdsmo. Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

“¿No es éste el Hijo del Carpintero?” Después de que Jesús enseñara en su propio pueblo natal, estas son las palabras de incredulidad que dijeron los debieron conocerlo mejor: la gente de su propio pueblo. “¿No es éste el Hijo del Carpintero?” Es una frase despectiva dicha más fuera de duda que de cualquier fe verdadera sobre Jesús. ¿Podría sugerir también que esta simple frase del Evangelio de San Mateo es un recordatorio seguro y cierto de que nuestra época no es la primera que malinterpreta la naturaleza del trabajo y la dignidad del trabajo humano?

Nuestro mundo es un mundo que tiende a una vida de comodidades. Tenemos la tendencia de dar más importancia a lo que compramos que a la persona que lo hizo. De hecho, en nuestra economía globalizada quién sabe quién hizo los productos que compramos. Queremos buenos zapatos de soccer. Pero no queremos saber sobre el trabajo de los niños en Pakistán utilizado para producir esos zapatos. Nos gusta una buena blusa o un suéter. Pero no queremos saber sobre los trabajadores del algodón explotados en África. Nos gusta jugar con nuestra X-box, pero no queremos saber sobre el trabajo de los niños utilizado en la China para producir esos juegos.

Tristemente, lo es que es cierto alrededor del mundo también lo es aquí en el Valle de Yakima. Cuando alguno de nosotros le decimos a nuestros amigos alrededor del país o del mundo que somos del Estado de Washington, inmediatamente ellos piensan en Boeing, Microsoft o Starbucks. Pero la verdad del asunto es que la agricultura es todavía el sector más grande de nuestra economía aquí en el Estado de Washington. Somos los más grandes productores de manzanas en el mundo. Somos los más grandes productores de peras en el mundo. Producimos más lúpulo (frutos desecados) aquí en el Valle de Yakima que en cualquier otro lugar en el mundo excepto en el valle en Alemania entre Regensburg y Augsburg. De hecho, nosotros exportamos lúpulo a Alemania para su famosa cerveza alemana.

Pero a menudo olvidamos que el trabajo de los indocumentados es el mayor apoyo al gran sector agrícola de la economía del Estado de Washington. El Estado de Washington es el hogar de más de 230,000 trabajadores indocumentados y son estos trabajadores – no sus productos – lo que debe ser el primer enfoque de nuestra atención y preocupación. Tal como el ya fallecido San Juan Pablo Segundo indicara en su encíclica “*Laborem Excercens*,” el trabajo humano no es acerca de hacer más – sino de ser más. El objetivo del trabajo no es simplemente la producción de cosas para que nosotros compremos. No. El verdadero objetivo del trabajo es mejorar nuestra humanidad, elevar nuestra dignidad, y así convertirnos en colaboradores con Dios. Dicha colaboración está incrustada en la Eucaristía de esta noche cuando ofrecemos a Dios el pan y el vino como: “Dones de la tierra y trabajo de manos humanas.”

Por eso es que – en 1955 – el Papa Pío Doce añadió el 1 de mayo al calendario de la Iglesia para honrar a San José Obrero. ¿Por qué San José Obrero es tan importante para la fe católica? San José Obrero es importante porque en su vida vemos los contornos de la justicia social.

Permítanme extenderme en este punto clave. En justicia – la justicia humana – cuando San José supo que su futura esposa, la Santísima Virgen María, iba a dar a luz a un hijo del cual él no era el padre físico o biológico, él no podía terminar su relación. Él tenía el derecho civil bajo la ley. Divorciarse calladamente de ella hubiera sido una acción justa y legal.

Pero San José hizo algo mejor. Escuchó al ángel enviado a él por Dios. Él no sigue – la justicia humana que es debida – sino la justicia divina que Dios quiere compartir en Jesús. San José no comienza – con sus derechos personales – sino con la correcta relación que Dios quiere traer al mundo a través de su hijo Jesucristo. En esta muy profunda labor y trabajo de San José vemos un nuevo plan para una justicia social verdadera y perdurable.

Qué diferencia de la forma en que pensamos. Cuando pensamos sobre la justicia social tendemos a pensar sobre “mis derechos.” En justicia, ¿Qué se me debe? ¿Estoy recibiendo un salario justo? ¿Están siendo violados mis derechos civiles? ¿Es la ley de inmigración justa conmigo? Estas son preguntas muy importantes. Pero – y esto es clave – por medio de San José Obrero, Dios nos recuerda que la justicia no comienza conmigo. Comienza con Dios.

Permítanme ilustrar esto en una forma más directa. Hace muchos años, mi abuelo era el organizador sindical de la compañía *Baker and Confectionery Workers Union Local 48* (cuarenta y ocho) aquí en Washington Central. Él organizó casi todas las panaderías comerciales en la Diócesis de Yakima. Si ustedes compraban en un Safeway o Albertson y alguna vez compraron una barra de pan, la unión fue hecha porque mi abuelo fue personalmente a todas las panaderías aquí en Yakima organizando poco a poco a los trabajadores. Cuando yo era niño a menudo iba con él.

Fue en ese contexto que él – junto con muchos otros líderes de unión – conoció a César Chávez cuando los primeros esfuerzos de organización comenzaron aquí en Washington Central. Pero aquí hay un hecho interesante – y no intento faltarle al respeto a la memoria y legado del gran líder César Chávez – pero cuando César Chávez comenzó primero la organización, él no apoyaba a los trabajadores indocumentados. Él consideraba que los indocumentados de México eran una amenaza a la gente chicana e hispana que vivía y trabajaba legalmente en los Estados Unidos. César Chávez estaba tan en contra de los trabajadores indocumentados que había puesto vigilantes en la frontera para prevenir que los mejicanos cruzaran ilegalmente. Al igual que muchos otros líderes sindicales, él temía que los indocumentados hicieran que los salarios bajaran.

Entonces ¿Qué pasó? César Chávez experimentó una conversión. En lugar de comenzar con una comprensión de la justicia que incluía sólo a “sus propios” trabajadores que ya eran ciudadanos de Estados Unidos, él comenzó a ver que la justicia no comienza con “mis” derechos sino con los derechos de los “demás.” Él se convirtió en el más grande de los triunfadores de los derechos de los indocumentados y – al mismo tiempo – uno de los más devotos seguidores de Nuestra Señora de Guadalupe.

Amigos, si queremos justicia social para nosotros, comencemos abogando por justicia para los demás. Esa justicia comienza con los más vulnerables en nuestro medio: los no nacidos y los moribundos. ¿Por qué? Porque si no hay derecho a la vida para ellos entonces las cartas de nuestra sociedad están en contra de todos aquellos que están a la sombra de nuestra sociedad: los ancianos, los desempleados y los enfermos, los indocumentados y los refugiados, y aquellos que carecen de alimento, ropa y refugio.

Mi mensaje esta noche es muy simple: Alcen sus voces en favor de los indocumentados – y al mismo tiempo – recuerden que todo derecho civil es edificado sobre la dignidad dada por Dios, la dignidad del ser humano del vientre a la tumba – desde el primer momento de la concepción al punto final de la muerte natural. Recuerden que siguiendo el ejemplo de San José Obrero, el primer acto de justicia social comienza con el matrimonio entre un hombre y una mujer haciendo todo lo posible para criar y proteger a sus hijos. No tenga miedo de llevar su comprensión católica de la justicia social a la plaza pública y no permitan que otros grupos políticos o cívicos los presionen para abandonar sus convicciones más profundas sobre la vida humana y la dignidad de la persona humana. No permitan ser rechazados como un mero “hijo de carpintero.”

Me doy cuenta que lo que acabo de plantear es más bien una demanda abrupta. Pero por eso es que estamos aquí en esta Eucaristía. Nos colocamos junto al pan y el vino para que – al igual que el pan y el vino – podamos convertirnos y transformarnos más en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo alimentando y nutriendo la dignidad humana de todos a nuestro alrededor. Esa conversión puede ser lenta y dolorosa – pero al igual que César Chávez – cuando nuestros corazones estén abiertos podemos llegar a una profunda verdad sobre la dignidad de todo ser humano – en dondequiera que estén en su jornada por la vida.

La palabra “Eucaristía” en el idioma griego significa “Dar Gracias.” Por lo tanto, cierro con la palabra eucarística: “Gracias.” Gracias por su gran deseo de ver la justicia para los indocumentados en nuestro medio. Gracias por abogar en favor de una reforma migratoria justa, integral y duradera. Gracias por considerar cómo su rica fe católica puede sazonar la vida política y cultural que rodea el Valle de Yakima. La paz sea con ustedes.